

ENCUENTROS INOLVIDABLES: EL JOVEN BUFANO Y EL FAMOSO GERCHUNOFF EN 1915. CARTA INÉDITA

Lila Bujaldón de Esteves

UNCuyo – CONICET

lil@lanet.com.ar

Resumen

Este artículo tiene por objeto presentar una larga carta inédita remitida por Alfredo Bufano a Alberto Gerchunoff en 1943. Dicha carta, tipografiada y de dos carillas, fue hallada en el legado de Alberto Gerchunoff. La carta está dedicada a recordar la circunstancia en que Alfredo Bufano conoció a Alberto Gerchunoff, cuando el uno era incipiente empleado en una librería y el otro, un famoso periodista y escritor. El interés de la misma radica en la pintura del ambiente literario coetáneo de 1915, con mención de escritores que han perdurado o han sido olvidados, desencuentros vividos y valores compartidos, además del buen estilo humorístico y de picaresca escogido.

Palabras clave: *carta inédita- Alberto Gerchunoff-Alfredo Bufano*

Title and subtitle: Unforgettable encounters: the young Bufano and the famous Gerchunoff in 1915. An unpublished letter.

Abstract

The purpose of this article is to introduce a long, unpublished letter sent by Alfredo Bufano to Alberto Gerchunoff in 1943. This typed, two page letter was found in Alberto Gerchunoff's legacy. It is devoted to remembering the circumstances in which Alfredo Bufano met Alberto Gerchunoff when the former was a young bookshop employee and the latter already a famous journalist and writer. The value of this letter lies in its portrayal of the contemporary literary environment of Buenos Aires in 1915 mentioning writers who have survived over the years or have been forgotten, divergencies and shared values, in addition to the good humorous and picaresque style chosen.

Key words: *unpublished letter - Alberto Gerchunoff - Alfredo Bufano*

Las cartas entre escritores ofrecen un material de extraordinario interés para conocer más íntimamente a sus autores. En ellas corren la pluma y el alma libremente para expresarse, ya que no se trata en primer término de textos cuidadosamente elaborados y corregidos para ser publicados.

Sin embargo, a pesar de su aparente carácter marginal frente a la obra literaria definitiva (cuentos, novelas, poesía, obras de teatro, ensayos), estas cartas esconden y nos revelan circunstancias biográficas, comentarios literarios, confesiones sobre la propia obra, juicios personales acerca de libros y hechos contemporáneos, en fin, una variedad casi infinita de circunstancias que acompañan siempre la existencia cotidiana de todo ser humano.

A ello se suma el placer de acercarnos a la intimidad de un autor a través de la lectura de escritos que llevan el sello inconfundible de su personalidad y estilo. Encontramos autores que hicieron un culto del escribir cartas y cuyas obras completas cuentan con uno o varios volúmenes para recoger esas misivas, como en el caso de Thomas Mann o Rainer M. Rilke; otros escritores, por el contrario, prohibieron la publicación de sus epistolarios o simplemente los destruyeron para proteger su intimidad o el nombre de los destinatarios, como sucedió con las cartas que Victoria Ocampo enviara al Conde de Keyserling. O fue la historia misma la que se ocupó de la desaparición de importantes epistolarios, en el tráfago de las guerras, las emigraciones, los cautiverios. A veces sobrevivió solamente la mitad de la correspondencia, es decir, que uno de los dos integrantes de ese diálogo emprendido a la distancia guardó celosamente las cartas del otro, mientras las propias desaparecieron para siempre. Pensemos en las cartas de amor de Franz Kafka a Felice Bauer y a Milena Jesenská

guardadas por sus destinatarias celosamente, cuyas respuestas sin embargo desconoceremos para siempre.

En la primera mitad del siglo XX hallamos los nombres de dos escritores argentinos quienes, uno situado en la metropolitana Buenos Aires y otro en una villa mendocina, llevan adelante una obra perdurable. En el caso del capitalino, Alberto Gerchunoff (1883-1950), su obra está signada por el periodismo, la prosa y los requerimientos sociopolíticos de unas décadas muy convulsionadas a nivel mundial que también impactan en el país; por su parte y desde una existencia retirada y un registro genuinamente poético, Alfredo Bufano (1895-1950) deja numerosos libros de poesía perdurables, consagrados a través de premios nacionales. Como un reflejo de la historia aluvial argentina, ambos son de origen inmigratorio: uno de Rusia y otro de Italia; con una diferencia de un lustro, ambos llegan al país a fines del siglo XIX siendo muy pequeños y, por distintas circunstancias familiares, pasan en las calles de Buenos Aires por el trabajo infantil, el esfuerzo por educarse, el autodidactismo. Muy precozmente descubren una vocación irrenunciable por las letras. En la década del 30 ambos son nombrados miembros de la Academia Argentina de Letras: en 1931 Alberto Gerchunoff renuncia a la distinción¹, Alfredo Bufano es elegido miembro correspondiente en 1934. Enmarcados en ámbitos religiosos, políticos e ideológicos diversos, ambos escritores coinciden en la defensa abierta de la libertad y los ideales democráticos durante la Segunda Guerra Mundial, Gerchunoff de manera sostenida y sistemática, Bufano en forma más puntual y acotada. Ambos escritores fallecen en 1950. A pesar de las coincidencias biográficas y epocales señaladas, se desconocía alguna relación

¹ Cf. "Presentó su renuncia uno de los miembros". En *La Nación*, 21 de agosto, 1931.

personal o literaria entre ellos², que hoy saca a la luz la carta que publicamos.

En el archivo que guarda el legado del escritor Alberto Gerchunoff* hemos encontrado la larga carta que el poeta Alfredo Bufano le remitiera en 1943. Signo del valor que Gerchunoff le otorgara es que fue conservada por el destinatario junto con otras muchas recibidas de firmas más o menos famosas, como Miguel de Unamuno, Ramón Gómez de la Serna, Rubén Darío, Roberto Payró, Lisandro de la Torre, Ramiro de Maeztu, Juan B. Justo, Enrique Dickmann, Arturo Capdevila, Samuel Eichelbaum.

Cuando Alfredo Bufano le escribe a Alberto Gerchunoff ya es un pasado lejano la época de extrema indigencia sufrida en Buenos Aires, años aquellos alrededor de 1910 en que vivió de niño lustrando zapatos y vendiendo globos para subsistir. Hace tiempo también – más de veinte años– que Bufano dejó Buenos Aires para instalarse nuevamente en la provincia de Mendoza, pero esta vez con su propia familia. Desde San Rafael es un poeta premiado y reconocido a través de sus libros de poesía como *Poemas de Cuyo* (1925), *Tierra de huarpes* (1927), *Romancero* (1932). Se desempeña como profesor de Castellano, Literatura y Geografía en la Escuela Normal de aquella ciudad sureña³; en 1942 numerosos amigos y personalidades del mundo de la cultura lo homenajan en sus “Bodas de Plata” con la poesía ofreciéndole una gran cena, discursos y un álbum recordatorio⁴. La firma estampada en él desde Buenos Aires que el homenajado poeta descubre entre otras muchas pertenece al autor de *Los gauchos judíos*, al admirado Alberto Gerchunoff.

² La semblanza de ambos escritores que J. Barchilón publicó precisamente con el título de “*Alberto Gerchunoff-Alfredo Bufano*” omite la mención de cualquier contacto personal.

³ Mi padre, Aurelio R. Bujaldón, fue alumno de A. Bufano en San Rafael y confiesa que le adeuda su vocación por las letras y el consiguiente impulso para dejar la villa sureña e inscribirse en la novel Universidad de Cuyo en 1939.

⁴ La Dra. Gloria Videla de Rivero, principal estudiosa del poeta, me contó que ella había tenido en sus manos este álbum, el cual está en poder de Ariel, uno de los hijos de Bufano.

A partir de ese descubrimiento surgen seguramente en el poeta de “Mendoza la de mi canto” los recuerdos que relata en la carta a Gerchunoff: el momento en que lo conoció, allá por 1915, unido a una etapa muy especial de su vida, la de joven empleado de una librería porteña. Como sucede en muchas otras biografías de escritores, en diversas épocas y lugares del mundo (pienso en Hermann Hesse como precoz aprendiz de librero en la ciudad alemana de Tübingen o en el adolescente Heinrich Böll en una librería de Colonia), el paso juvenil por el oficio de librero posibilitó al joven Bufano el ansiado contacto cotidiano y acceso permanente al mundo de los libros, hasta entonces vedado por su pobreza.

Pero la carta de Bufano a Gerchunoff relata otras anécdotas de esta experiencia laboral que la transforman en una pequeña pieza humorística de picaresca, a la vez que permiten acercarnos al ambiente de la bohemia porteña de la segunda década del siglo XX, gestada en ruidosos cafés como Los Inmortales, el Aue´s Keller, El Ateneo, La Brasileña y generosa en miles de anécdotas que perfilan a los poetas del momento. Bufano en su carta enumera una serie de nombres de escritores o de quienes aspiraban a serlo por esos años que visitan la librería: junto al ya consagrado Alberto Gerchunoff⁵, menciona a José de Maturana⁶, Antonio Aita⁷, Ernesto Mario Barreda⁸, Horacio Quiroga⁹, César Carrizo¹⁰. La admiración del joven

⁵ Alberto Gerchunoff (Rusia 1883 - Buenos Aires 1950) había publicado ya la obra por la que será más recordado, *Los gauchos judíos* (1910), trabajaba como reconocido periodista en el diario *La Nación* y había realizado un viaje a Europa en misión oficial entre 1913 y 1914.

⁶ José de Maturana (Buenos Aires 1884 - Córdoba 1917). Periodista de ideas libertarias, autor de numerosas obras teatrales, sobre todo de dramas rurales. Se conocen sus viajes por España, su perfil de inconformista e idealista.

⁷ Antonio Aita (Chascomús 1891 - 1966). Profesor de Arte y Estética y Presidente del PEN Club.

⁸ Ernesto Mario Barreda (Buenos Aires 1883 - Luján 1958). Poeta y narrador.

⁹ Horacio Quiroga (Uruguay 1878 - Buenos Aires 1937). Conocido escritor argentino, quien desde Misiones se trasladó a Buenos Aires en 1917 para trabajar en el Consulado del Uruguay en la Argentina. En 1919 aparecieron los *Cuentos de la selva* y *Cuentos de amor, de locura y de muerte*.

Bufano por estos intelectuales que entran y salen de la librería ubicada en la calle Sarmiento, esquina Esmeralda, se une a su sorpresa al comprobar la pobreza en que viven. La solidaridad del joven empleado y la compasión por ellos trae aparejada, por propia iniciativa, la rebaja y aun el regalo de los tan ansiados libros. La beneficencia a costa del patrimonio del dueño de la librería termina con el despido estrepitoso del empleado “infidel”, quien sin embargo –en el balance que significa la carta a Gerchunoff que nos ocupa– reconoce las bondades de aquella etapa iniciática: los contactos con el ambiente intelectual y artístico de la gran ciudad, la publicación del primer libro de poemas *El viajero indeciso*¹¹ y el comienzo de su biblioteca con los libros robados en la librería, según confiesa en la carta. Quienes conocieron a Bufano de cerca destacaron su bibliofilia, esa especie de predilección y a veces también pasión insana por los libros, propios o ajenos.

Bufano cierra el relato picaresco de su paso por la librería con una especie de venganza contra el patrón filisteo, incapaz de comprender la “buena acción” de su empleado, quien no solo es un dependiente, sino un escritor en ciernes de los que –en última instancia– “vive” todo librero. De allí el gesto posterior de entregarle libros propios en consignación para la venta en la librería de donde fuera despedido.

La carta de Bufano no solo mira hacia el pasado, al recuerdo de aquel primer encuentro inolvidable para un joven que quiere llegar a ser un escritor tan reconocido como lo era ya Gerchunoff en 1915. En la misiva Bufano avanza hacia el futuro desde un presente en que ambos comparten una misión, una misma lucha contra el totalitarismo y antihumanismo representados en 1943 por

¹⁰ César Carrizo (La Rioja 1888 - Buenos Aires 1950). Profesor de establecimientos secundarios. Autor de poemas y obras de teatro. Escribió una novela autobiográfica y se recuerda su aporte a la literatura regional e histórica.

¹¹ En 1917 A. Bufano contrajo matrimonio con Ada Giusti y publicó su primer libro de poesía *El viajero indeciso*.

el Nazismo y la Guerra Mundial¹². La emoción final surge del sentimiento de estar defendiendo mancomunadamente, de igual a igual, la preciada libertad¹³.

¹² Manuel Kantor, yerno y principal biógrafo de A. Gerchunoff, cuenta hasta 500 artículos salidos de su pluma para combatir durante quince años al nazifascismo.

¹³ De 1940 son los aforismos *Jerarquía de la libertad* (1943) aparecidos también en *La Prensa*.

A. Bufano y A. Gerchunoff en 1915. Carta inédita

*Se trata del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" de la Universidad de Buenos Aires. Agradezco a su bibliotecaria, Violeta Antinarelli, por el acceso a las cajas que guardan el legado de Alberto Gerchunoff.

BIBLIOGRAFÍA

- Barchilón, J. (1973). *Alberto Gerchunoff-Alfredo Bufano*. San Juan: Editorial Sanjuanina.
- Bufano, A. (1983). *Poesías completas*. Edición, estudio preliminar y notas de Gloria Videla de Rivero. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas. T. I
- Degiovanni, F. Alberto Gerchunoff y la tradición liberal argentina. En *Cuadernos Hispanoamericanos*, 604, octubre 2000. 73-84.
- De La Torre, A. *Alfredo R. Bufano* (1962). Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Gover de Nasatsky, M. E. *BIBLIOGRAFÍA de Alberto Gerchunoff* (1976). Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes-Sociedad Hebrea Argentina.
- Jaroslavsky de Lowy, S. Alberto Gerchunoff: vida y obra. En *Revista Hispánica Moderna*, año XXIII, julio-octubre 1957. 205-259.
- Kantor, M. Obra y anecdotario de Alberto Gerchunoff. Apéndice. En Gerchunoff, A. *El hombre importante* (1960). Buenos Aires: Hachette. 137-172.
- Orgambide, P. y Yahni, R. *Enciclopedia de la literatura argentina* (1970). Buenos Aires: Sudamericana. 269-270.
- Senkman, L. *La identidad judía en la literatura argentina* (1983). Buenos Aires: Pardes. 257-267.
- Tiempo, C. Con y sin Alberto Gerchunoff en París. En *Clarín, Cultura y Nación*, 8 de febrero 1973.
- Weinstein, A. E. y Gover de Nasatsky, M. E. *Escritores judeo-argentinos*. BIBLIOGRAFÍA 1900-1987 (1994). Buenos Aires: Milá. T. 1.

ALFREDO R. BUFANO

San Rafael, 13 de enero de 1943

Señor Alberto Gerchunoff

Buenos Aires

Muy querido amigo:

Ante todo permíname por escribirle a máquina. Lo hago porque debo extenderme un poco.

Hace veintiocho años era yo el petiso de los mandados de una librería ubicada en calle Sarmiento casi esquina Esmeralda. Su dueño era un tal Juan Dasso. Yo me había metido allí con lo que me dieron porque era la única forma de tener a mi entera disposición una gran biblioteca. Ganaba sesenta pesos mensuales, fortuna verdaderamente fantástica para quien, poco antes,ambulaba por las calles de Buenos Aires con un cajoncito de lustrabotas al hombro o vendiendo globos de colores en las plazas. Tener a mi disposición una biblioteca con millares de volúmenes era ya la gloria. Pero ocurría algo infinitamente más grato para mí: eran clientes asiduos de la librería muchos escritores y poetas de renombre, entre ellos usted, que acababa de publicar unos admirables trabajos sobre "El Quijote". Allí conocí a Maturana, a Barréda, a Aita, a Horacio Quiroga y a muchos otros. Lo veo a usted entrar en la librería como si fuera hoy. Lo veo con su gran aire de proconsul, con sus grandes lentes, con su gran sombrero negro. Le aseguro que me impresionaba seriamente. Casi le tenía miedo. Tenga presente, mi buen amigo, que era yo un pobre provinciano destartalado que hacía versos a hurtadillas. Pero un día usted, -¡don Alberto Gerchunoff!- se puso a conversar conmigo. Me inclino a creer que lo hizo inspirado por la profunda lástima a que movía mi cara de tonto o de sonámbulo. Se puso usted a conversar conmigo, pero con una llaneza tal que me impresionó profundamente. Me impresionó de un modo que no podría olvidar jamás aunque me lo propusiera. Ya lo verá usted. Me habló de un conflicto que se había producido en el Colegio del Pilar, en el cual, si mal no recuerdo, era usted profesor. Me habló del Director, de la señora del Director y de otras cosas pintorescas. Yo lo escuchaba en éxtasis por la facilidad de expresión, por la agudeza que ponía en algunas frases y, sobre todo, porque el autor de "Los gauchos judíos" se había dignado dirigirme la palabra. Algún tiempo después dejé la escoba y el plumero, porque el dueño descubrió que yo era un librero que leía y me ascendió a vendedor. ¡Fué mi perdición, amigo mío! Al ir intimando paulatinamente con escritores y poetas, comprobaba, que a pesar de su fama, eran tan pobres como yo. A partir de este descubrimiento sentí que un sentimiento de conmovida solidaridad iba invadiendo mi corazón de comerciante, porque el del poeta ya estaba perdido hacía mucho. Y dí en la luminosa idea de no cobrar, o cobrar una insignificancia, por los libros que mis admirados parroquianos se llevaban. Algunos,

como César Carrizo, por ejemplo, empezaron a pasarse al patio. Desvalijaban la librería y se iban muy campantes, a veces hasta sin darme las gracias. Pero yo me quedaba contento, con la conciencia de haber cumplido con mi deber. Confieso que el nuevo sistema de venta ideado por mí conduciría al dueño de la librería a una quiebra ruidosa o quizás fraudulenta. Pero yo no era hombre de traicionar mis principios, y seguí practicándolos hasta que el dueño me descubrió. La sombra de Esquilo me agarró de las mechas. El muy badulaque del patrón, incomprensivo como una ostra, negándose a entender la luminosa función social que yo estaba llenando con ejemplar desprendimiento, me puso de patas en la calle con ademán jupiterino. ¡Se acabó mi carrera comercial! No lo sentí por mí, sino por mis "amigos", que en lo sucesivo, si querían comprar libros, se verían en la nefasta obligación de pagarlos. Pero yo, de aquella época de mi vida, saqué un prodigioso provecho. Primero: el conocimiento de muchos grandes espíritus, entre los cuales, huelga decirlo, no cuento ahora a Carrizo. Segundo: la publicación de mis primeros versos en una revista que dirigía Maturana y que se llamaba "Santos Vega". Tercero: los libros que me robé y que fueron el económico principio de la biblioteca que hoy poseo. Poco después de mi catástrofe comercial yo me vengaba del guarango del patrón publicando mi primer libro de versos el que, en número de diez ejemplares de los cuales a su tiempo me devolvieron veinte, llevé con aire retador a mi antigua librería. Zapateaba yo, entre hambres e imaginaciones, en los veintidós años.

He necesitado decirle todas estas cosas, querido Gerchunoff, para que comprenda mejor la magnitud de la emoción que usted me ha proporcionado con las generosas páginas que escribió en el álbum que me han regalado mis amigos al cumplir mis veinticinco años de idilio rústico con la poesía. Me ha dado usted una de las alegrías más dulces y tristes de mi vida, pues debo confesarle otra cosa: siempre creí que yo no era poeta de su simpatía. Después de mi aventura libresca, nunca tuve la suerte de estar con usted, pero se me había puesto que yo no era santo de su devoción. Mida usted ahora la dicha que me han proporcionado sus palabras. Mas tengo otra mayor, mi querido Gerchunoff; otra mucho mayor: la de saber que en estos momentos infames y solemnes, estoy luchando a su lado con una sinceridad y un fervor que me despedazan el alma y las carnes. Si usted me viera en estos instantes en que le escribo, comprobaría que estoy a punto de llorar. Le envío mi gratitud en un gran abrazo, en un profundo abrazo. Quiera Dios concederme la dicha de cantar a su lado los himnos de las grandes horas que se avecinan.

Alfredo R. Bufano

P.D. Le envié por mi amigo Palacios Capdevila un ejemplar de "Laudes de Cristo Rey". Ya se lo llevaré si aún no lo ha hecho.